

DOS PROSAS POEMÁTICAS Y UNA TRADUCCIÓN DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Alfredo Roggiano

En nuestro trabajo sobre “Pedro Henríquez Ureña y la poesía”¹ hemos querido destacar la importancia que el humanista dominicano concedió a la poesía como centro de todas sus actividades. Todavía queda mucho por decir, tanto en el orden de lo estrictamente creador, como en el de la actividad del crítico, antologista y teórico de la poesía. Tenemos en preparación un estudio sobre Pedro Henríquez Ureña como crítico y teórico de la literatura. Y hemos recogido —creemos— todo el material creador (poesías, cuentos, prosas poemáticas) que, con su única obra de teatro, pueden formar un respetable volumen. Quedaría por estudiar detenidamente su labor de antologista de la poesía. Algunos volúmenes fueron publicados: *Cien de las mejores poesías castellanas* (Buenos Aires: Kapeluzs, 1941) y *Antología de la versificación rítmica* (Costa Rica, 1918; México, 1919). Pero quedan otros de considerable interés, como una antología de la poesía hispanoamericana, que se propuso elaborar con la colaboración del poeta y erudito argentino Rafael Alberto Arrieta. En el “Archivo de Pedro Henríquez Ureña”, en poder de su viuda, hay abundante material acumulado con este fin. Ya en sus años juveniles, como nos informa su hermano Max,² una de sus preferencias consistía en recortar de diarios y revistas las poesías que más le gustaban y recopilarlas en cuadernos con evidente intención antológica. No conocemos esos cuadernos, pero poseemos un volumen, de sumo interés, titulado: *Poetas Dominicanos / Poesías Recopiladas y Precedidas de / Algunas Notas Biográficas y Biblio / Gráficas de los Autores, Por el Dr. / Pedro Henríquez Ureña, Copiadas de / Un Manuscrito Existente en la / Biblioteca del Museo Nacional / Ciudad Trujillo, R. D. / 12 de Julio- de 1946.*³ Es un tomo de 168 páginas, escritas a máquina, y cuidadosamente encuadernado. Creemos que su publicación sería de gran interés.

Ahora damos a conocer dos prosas poemáticas y una traducción, dispersas en periódicos hoy fuera de circulación y muy difíciles de consultar. Las dos prosas poemáticas, “Hojas” y “Lacrimae rerum” son de 1913 y 1914. La primera, sin embargo, parece haber sido redactada en 1911, como resultado de un viaje que Pedro Henríquez Ureña, en compañía de varios amigos mexicanos, hizo a las proximidades del Popocatepetl. En unas “Memorias” inéditas de Pedro Henríquez Ureña, que se halla en el “Archivo” ya mencionado, nuestro autor da noticias de dicha excursión. Y en la copia de “Hojas” que figura en el “Archivo”, al final y a la derecha de la firma, figura la fecha de 1911, pero tachada y puesta encima la fecha de noviembre, 1913. En 1914 Pedro Henríquez Ureña entró como redactor del periódico *Las Novedades* de Nueva York. Desde allí envió su prosa poemática a la revista *Letras* de La Habana, Cuba, en donde se publicó el 16 de agosto de 1914 y de donde la reproducimos ahora. En *Las Novedades* no apareció hasta 1915; en 1919 la reprodujo *El Fígaro* de La Habana, número de noviembre; ese mismo año, según consta de puño y letra de P. Henríquez Ureña en el manuscrito de su “Archivo”, se publicó en *La Unión Hispano-Americana* de Madrid. “Lacrimae rerum” fue escrita en México en 1914, pero se publicó por primera vez en *Las Novedades*

¹ Alfredo A. Roggiano, “Pedro Henríquez Ureña y la poesía”, en *Armas y Letras*. Revista de la Universidad de Nuevo León, Monterrey, México, Julio-Septiembre de 1958, pp. 3-19 [Hay "separatas"].

² Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, en *Rev. Iber.*, Vol. XXI, Núm. 41-42, Enero-Diciembre de 1956, pp. 19-48.

³ La copia de este volumen fue hecha por el Director del Museo Nacional de Ciudad Trujillo, Prof. Félix M. Pérez Sánchez y obsequiada al Dr. Thomas B. Irving, profesor de la Universidad de Minnesota, quien nos la ha cedido gentilmente.

de Nueva York en 1915; en 1919 se reprodujo en *El Fígaro* de La Habana (núm. de noviembre), en *La Unión Hispano-Americana* de Madrid. En enero de 1920 se publicó en *La Cuna de América* de Santo Domingo, de donde la reproducimos. Fue dedicada a su amigo Pablo Martínez del Río y Vinent “con motivo de haber sido destruida la artística casa de éste de resultas de un motín popular”, según nos informa Max Henríquez Ureña en carta de 24 de febrero de 1959. En cuanto a la traducción del poema de Edna St. Vincent Millay, fue publicado en *Las Novedades* de Nueva York, el 23 de diciembre de 1915, como algo original de Pedro Henríquez Ureña, sin duda por error. Buscando en diarios y revistas los materiales con que documentamos nuestro libro próximo a aparecer “Pedro Henríquez Ureña y los Estados Unidos”, hemos encontrado en *El Fígaro* de La Habana un interesante estudio en forma de diálogo, titulado “Poetas de los Estados Unidos”, en donde se reproduce, ahora dispuesto en forma de prosa, esta traducción. Queda, pues, aclarado que no es un poema original de Pedro Henríquez Ureña, sino una traducción que él hizo de un poema de Edna St. Vincent Millay.

ALFREDO A. ROGGIANO,
Universidad de Iowa.

TEXTOS⁴

HOJAS

La racha fría de otoño descarga sobre la ciudad su inesperada inclemencia. Al oriente, las nieves del Popocatepetl y del Iztaccíhuatl se multiplican y extienden como próximas a derramarse sobre el antiguo valle de los lagos. El pálido cielo de la altiplanicie es ahora de gris luminoso, y su impasibilidad sobrecoge.

En los hogares, la racha fría postra a los niños y a los ancianos. En los bosques y en los parques caen sin cesar las hojas secas. En la gran alameda descienden en lluvia formidable cuando el viento azota las ramas; pueblan maravillosamente el suelo y se desparraman hasta las calles como rústica invasión imprevista en medio del tráfigo sórdido. Si otros tiempos corriesen icómo se daría prisa la ciudad en echar fuera de sus vías a las intrusas! Cunde la guerra; la ciudad presuntuosa está pobre, y no halla recursos para atajar el avance de las sueltas hojas amarillas que corren y giran como si pretendieran impedir el paso de los vehículos.

Pero no: aunque todavía fuese rica la ciudad, no podría evitar la invasión. Son indomables, invencibles, los millares de hojas desprendidas.

No es ésta la caída de las hojas que cantó el arcaico poeta, anunciadora del fin cercano para la juventud enfermiza. En otoños tranquilos, mientras el peregrino *penseroso* descansa bajo los álamos del parque antiguo, cae a sus pies, lenta y pausada, la hoja seca; y este descenso de hojas solitarias, a intervalos repetidos, espejo es de la constante pero siempre solitaria caída de los hombres en el seno de la muerte.

Ahora, si el cielo gris angustia, el despojo de los árboles asombra y estimula; las hojas caen en bandadas, en turbiones, rápidas, como arrastradas por la alegría del sacrificio; y su multitud, y su ligereza, animan el ambiente con raro esplendor. No remedan a la muerte: remedan a la lluvia que va a enriquecer la tierra.

México, noviembre de 1913
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

⁴ Reproducidos con la autorización de la señora Isabel Lombardo Toledano viuda de Pedro Henríquez Ureña, en carta a A. A. Roggiano del 21 de noviembre de 1958. Dejamos constancia de nuestro agradecimiento.

LACRIMAE RERUM

A Pablo Martínez del Río y Vinent

Allí, como en la *morada del pato silvestre*, el tiempo se detenía. El mundo de la calle, no olvidado siquiera, rodaba, inadvertido, a la vaga región de las formas imperfectas. Este otro mundo se bastaba a sí mismo. La amplitud de los recintos, donde vigilante armonía depuró todas las perspectivas, perfeccionaba las actitudes: las que materialmente se sustentaban en altos sitaliaes clásicos; las que moralmente descansaban en tradiciones discretas; las que intelectualmente —las más agitadas— hasta para el arranque del vuelo se apoyaban en la roca de mármol, en el cimiento griego de toda alta vida espiritual. Armonía, ésta del espíritu, más perfecta aún: ni vigilancia exigía. Junto a los cuadros, el capricho se esparce.

—Sólo un árbol vi en Islandia...

—¿No os interesa mi noche sobre el volcán, en el límite de las nieves perpetuas ?

—Las divinas montañas me están prohibidas. Pero he atravesado, a pie, Roncesvalles.

—¿No te fascina Roncesvalles, hidalgo para quien el mundo se cierra en el siglo XVIII?...

—Tú, inglés olvidadizo, tanto que has olvidado el deber de vivir en Londres ¿por qué abandonas las novelas de Galsworthy y discurre como sabio en artes geórgicas, de que nunca volverás a hablar mientras vivas? ¿A qué tanto saber para sola una muestra?

Llega sonriente el nuevo amigo, y es como si ya tuviese la costumbre. Mañana pensará, en versos que ni siquiera pondrá por escrito:

De una amistad naciente alentador anuncio...

Ya estamos avenidos, a poco que te hablé:

el no hablar de Oscar Wilde, ni menos de D'Anunzio,

el endulzar apenas nuestra taza de té. . .

Subamos hacia los libros. Subamos por la amplia escalera, hecha para ascender lentamente y en compañía. En la biblioteca, junto al oro modesto de *Everyman*, los pergaminos arcaicos despiertan las interrogaciones.

—¿Qué moda literaria nos traes de Oxford? ¿No ha llegado la de Bernard Shaw?

—Sobre Bernard Shaw no hay moda. Se gusta de él o no se gusta, libremente.

—¿La estética del cisne? —Demasiados cisnes...

—Tu curiosidad burla fatigas. ¿Exceso de inquietud?

—Tal vez. Este ambiente me excita. Inglaterra me devuelve la paz.

—Te retendrá la vida europea.

—No. Mucho hay aquí por hacer. Vendré a ofrecer mi ayuda.

¿Todo habrá sido mancillado, deshecho, por manos implacables? El Asia, con imaginación curiosa, con mano paciente, labró los policromos jarrones: ¿vendrá la mano ruda, sin imaginación que la guíe, a destruir en instantes el fruto de años lejanos? Sobre la hollada alfombra, los destrozados sitaliaes, la biblioteca dispersa ¿podrá alzarse vida fecunda? No sé si en la incomprensible justicia de los dioses haya compensaciones reales cuando la destrucción material es también destrucción de vida espiritual.

1914

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

CENIZAS DE VIDA⁵

Me dejó el amor... Se fue... Quedan los días, iguales,
inmóviles... Vivo, duermo... ¡Oh, si la noche viniera!
Pero no... Con lento paso escucho avanzar las horas. ..
¡Si de nuevo fuese el día! ¡Y otra vez anoheciera!

Me dejó el amor... Se fue... Y no sé qué hacer de mí...
Y si mi labor emprendo, inconclusa la abandono...
¿A qué el afanar? Inquieta, torpe, enmaraño y revuelvo
los hilos del tiempo inútil que en mis dedos aprisiono...

Me dejó el amor... Se fue... Quedan los días, iguales,
Y, como ayer, los vecinos vendrán llamando a mi puerta.

Y mañana, y mañana, y mañana, y mañana
esta casa sin rumores en esta calle desierta...

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

⁵ “Ashes of life”, título original de este poema, pertenece al libro de Edna St. Vincent Millay, *Renascence and other poems* (New York and London: Harper and Brothers Publishers, 1917), pp. 46-47.